



Flor del espinillo

Colección

CORRIENTES

XI

Nilda Rosa Nicolini
Curuzú Cuatíá



CURUZÚ CUATÍA
La ciudad de todos

Fundación
Cultural
Esteros.



Flor del espinillo : Corrientes - 1a ed.

Curuzú Cuatiá : Municipalidad de Curuzú Cuatiá, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8313-66-5

1. Antología de Poesía. 2. Poesía Argentina. I. Corrientes.

CDD A861

Editora: Carolina Zamudio.

Maquetación: Oscar Fortuna.

© 2020 Nilda Rosa Nicolini.

Publicado en Argentina / Published in Argentina.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, bajo cualquier método, incluidos reprografía, la fotocopia y el tratamiento digital, sin la previa y expresa autorización por escrito del titular del copyright.



Flor del espinillo

Colección

CORRIENTES

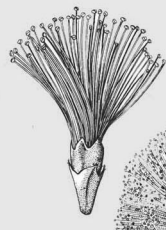
XI

Nilda Rosa Nicolini
Curuzú Cuatíá



CURUZÚ CUATÍÁ
La ciudad de todos

Fundación
Cultural
Esteros.



A pesar de los tiempos difíciles que enfrentamos, la comunidad curuzucuateña sigue apostando al desarrollo educativo y cultural. Durante las crisis, una de las mejores herramientas de las que servirse es la creatividad. Es por ello que, desde el Municipio de Curuzú Cuatíá, decidimos abrirnos al mundo y, principalmente, compartir nuestro propio talento, a través de la Novena Feria Internacional del Libro, espacio que nos permitirá compartir nuestra identidad. ¿Quiénes somos y de dónde venimos? Hacia dónde vamos. Una gran oportunidad de contarles a una cantidad ilimitada de receptores y lectores sobre el riquísimo acervo cultural que en más de 200 años de historia Curuzú Cuatíá fue construyendo, como Primer Pueblo Patrio Argentino, fundado por Manuel Belgrano el 16 de noviembre de 1810.

La «Colección Flor del Espinillo» es una iniciativa que abre un nuevo camino en este sentido. Confluyen en ella treinta y nueve autores curuzucuateños, correntinos, argentinos y de todo el mundo. La posibilidad de aunar estas voces que hablan desde su propia idiosincrasia en una sola colección de libros —digitales y gratuitos— nos llena de esperanza. Aventurarnos en la democratización de la cultura y su libre acceso, con las posibilidades tecnológicas actuales, es un reto que enfrentamos sin dudar, con la firme convicción de que la lectura debe seguir siendo un pilar de la educación.

Curuzú Cuatíá cuenta con dos bibliotecas. Una de ellas, la “Bernardino Rivadavia-BPR de ACYAC”, asociación sin fines de lucro que promueve el saber en todos sus ámbitos, data de 1914 y fue pionera en la región. A la par, la más joven biblioteca “Cuatíá Rendá” completa un amplio abanico de posibilidades de acceso no solo al libro, sino a múltiples actividades de creación y educativas. Es de destacar que ambas forman parte de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, CONABIP.

Nuestra ciudad se enriquece también con monumentos y edificios históricos que conforman el patrimonio local. Entre ellos, el Museo Tarragó Ros y la Casa de la Cultura ACYAC, el Anfiteatro Quique Sorribes, los parques Mitre, Mita Rorí y Martín Fierro, donde se realizan fiestas populares, lanzamientos de carnavales y otros eventos públicos. El Club Social, declarado Patrimonio Arquitectónico, y la Sociedad Italiana, fundada en 1867, Patrimonio Histórico y Cultural de la Provincia de Corrientes.

Es por todo ello, y con miras al futuro, que celebramos esta feria única en su tipo para una localidad como la nuestra y, de manera particular, esta colección. Nos sentimos honrados de recibir el aporte de figuras destacadas de la literatura de más de veinte países para seguir acrecentando nuestro legado en el más amplio sentido. Es momento de soñar y concretar el presente: un pueblo que crea cultura, es un pueblo que crece.

José Miguel Ángel Irigoyen
Intendente Municipal
Curuzú Cuatíá, Corrientes, Argentina



Nilda Rosa Nicolini

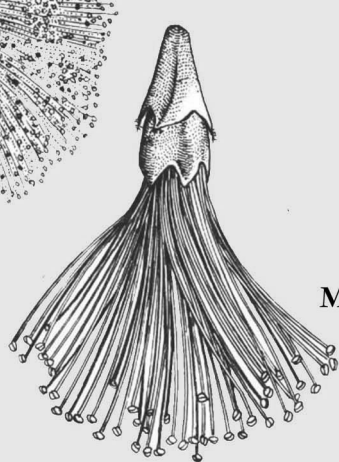
(Curuzú Cuatiá, Corrientes, 1941)

Es Maestra Normal Nacional y Profesora de Francés. Fue Presidente de la Subcomisión S.A.D.E. en 1884 y Directora de Cultura de la Municipalidad de Curuzú Cuatiá en 1989.

Obras Publicadas: «La Guitarra» (Edit. Colmegna 1970), «Estreno Cuentos» (Edit. Colmegna, 1975), «Caracteres esenciales del cuento literario» (Edición del Centro de Empleados de Comercio de Corrientes, 1978), «Con tinta y alma» (Edit. Colmegna, 1980), «Nuestro Calendario y Pequeño Teatro Escolar» (Efemérides nacionales y regionales, 1986), «Tras la celosía y otros cuentos» (1995), «Entre el bien y el mal» (2001). Es Co-autora en «38 Cuentos Siglo XX» (Edit. Plus Ultra 1980) y en Primera Colección de Autores Correntinos (Ediciones S.A.D.E, 1982).

Premios y Distinciones: «Mateo Booz» (Asociación Santafesina de Escritores. 1970), Mención Especial de la Fundación Arcien (Santa Fe, 1975), Recomendación Especial del Jurado en el Concurso Manuel Gálvez (La Plata, 1979).

Primer Premio en Narrativa en el Certamen Provincial a la Producción Literaria y Científica (1979), otorgado por el Ministerio de Educación y Cultura de Corrientes). Faja de Honor Prosa 1980, en el Concurso Nacional del Círculo de Poetas de Mendoza. Primer Premio en Narrativa en el Certamen Provincial a la Producción Literaria y Científica (1980) Mención de Honor en el Concurso de Narrativa de la Editorial Plus Ultra, en 1981. Orden Acyática (A.C.Y.A.C de Azur). Otorgada en 1983 por la Asociación Cultural y Artística Curuzucuatense. Primer Premio en Narrativa «Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón» en el Certamen a la Producción Literaria y Científica de Corrientes (1984). Mención Especial en el Concurso Nacional de la revista «Familia Cristiana» (1987). Recibió la «Taragüi 2002», máximo galardón correntino, el 14 de Diciembre de 2002.



Flor del espinillo

Colección

Municipalidad de Curuzú Cuatíá

José Miguel Irigoyen

Intendente Municipal

Marcos Isusi

Presidente del H.C.D

Juan Ángel López

Secretario de Gobierno

Verónica Espíndola

Secretaria de Economía y Finanzas

Virginia Aguirre Talamona

Directora de Cultura y Turismo

«IX Feria Internacional del Libro de Curuzú Cuatíá»

Carolina Zamudio y Luis Fernando Macías

Directores Fundación Cultural Esteros

Mónica Alegre de Irazusta

Directora «Asociación Cultural y Artística

Curuzucuatiense Biblioteca Popular Rivadavia»

Mirta Gómez

Directora Biblioteca Popular «Cuatíá Rendá»

Curuzú Cuatíá, 2020

*«Y al mirar hacia afuera
los dos presos,
barro vio el uno, pero
el otro estrellas»*

La ventana

Miro por esta ventana enrejada, hora tras hora; día tras día; no sé para qué, si veo siempre la misma desolación, el mismo panorama cuadrado de tierra, ora barrosa, ora reseca y agrietada. Esta ventana es un agujero a la nada.

Entonces miro hacia adentro y me veo, transformado en esta fiera que odia el cubil que le impusieron, porque hasta las fieras nacieron para vivir en libertad. Es cierto sí, yo maté a un hombre. Me encontraron junto a su cuerpo sin vida y mirándome las manos como escandalizado... asustado tal vez, pero no arrepentido. Sin embargo, lo comprendí más tarde, él terminó vencíendome, como siempre; condenándome a este infortunio sin espera, a este arrastrar de días y de noches sin final. Era mi socio, el hombre que me doblegaba a su árbitro, por el que aprendí a mentir y a defraudar. Sentí que me liberaba al matarlo, pero no pensé que esa liberación iba a acarrearme esta otra dependencia, esta opresión sin nombre. La llaman cárcel, pero no basta la palabra. ¿Cómo se llama la limitación total, tener reducidos las manos, el cerebro, el aire para respirar? Tengo a mi lado a un pobre tipo, también obsesionado como yo, con la ventana. De noche también contempla como si tras ella viera luz y no la oscuridad de siempre. Yo no ignoro. También él debe expiar su culpa en esta celda amarga y no vale la pena sumar sus cuitas a las mías. Doy vueltas en el camastro frío, muerdo la almohada, aspiro el aire infecto que se cuele a esta hora más que nunca y quisiera llorar, pero ni eso.

...

La dichosa ventana: mi hueco de luz. Por ella sé del mundo, por ella me evado todos los días de esta prisión cruel. Si hay sol, me basta para imaginarme en el campo, en aquel arroyito de «Lomas Altas», la estancia de mi padre donde pasé la adolescencia, y es como si tuviera otra vez veinte años y me quemara de nuevo la juventud como una brasa.

De noche, las estrellas se posan en la ventana. Son mías. Descubrí que hay cosas que no pueden quitarme en la cárcel, son las que invento: Soy dueño de esas estrellas como soy dueño de volver a «Lomas Altas» si lo deseo, a cualquier hora. Soy dueño de pensar, no hay grillos para eso. Soy dueño de recordar y también de perdonar, porque yo estoy aquí por un crimen que no cometí: mi única culpa fue mentir, mentirles a todos para salvarla a ella; y ahora recuerdo aquel momento como un hecho lejano, borroso, como el negativo de una fotografía antigua, cuya evocación no duele: el amante de mi mujer asesinado en mi propia casa y yo arrastrado a un remolino de sorpresa, traición y muerte. Ya nada de eso importa, he aceptado el cautiverio de mi cuerpo desde que comprendí que mi pensamiento tiene alas y es dueño del tiempo y del espacio. Ahora estoy sumergido en un juego introspectivo, juego a mi propio descubrimiento. Es tan insospechado mi poder, tan amplia mi libertad, que hasta me permite acercarme a Dios que es la Libertad misma. Y olvido por un momento al fantástico Dios de las ondas sonoras, el de la velocidad de la luz, el forjador de mares y montañas, el Dios gigantesco, inaccesible a la mente humana, y convivo en esta celda estrecha con el Dios de entre-casa, ese que sentimos íntimo y cercano, el Dios «de cada uno», el Dios amigo, el que, seguramente, me abrió esta ventana.

El niño solo

La noche anterior durmió apenas. Estaba excitado, febrilmente excitado; se debatía en el lecho entre la urgencia de levantarse y el temor a las sombras, le parecía que no iba a amanecer nunca, que el día anhelado no despuntaría o peor aún, que sería como uno de tantos, y no el día de su cumpleaños, el día de la fiesta de su cumpleaños.

Repasó en la memoria los acontecimientos de la semana anterior. El deseo ferviente latiendo dentro de sí, la timidez que lo poseía y dominaba, la indisposición de la abuela que la recluyó en cama y con ello hizo más difícil aún el angustioso pedido:

—Abuela...

—No me toques. Alejo, tus manos están húmedas.

—Abuela...

—Que Lina me traiga la bandeja con la medicina y el té, ve a decírselo.

—Abuela...

—...y corre las cortinas, quiero descansar. ¿Qué haces con mi bastón? Por Dios, niño, fíjate donde pones los pies.

—Abuela...

—Anda, no seas torpe, ve.

Y ese día animado. Pero sí al día siguiente. No en vano pasó sus ocho años de vida junto a la abuela Dolores, único pariente que conocía, y a la que a la vez amaba y temía, ya que a veces parecía centrarse en ella toda la ternura que él necesitaba y otras

veces la sentía distante, dura, autoritaria y hasta irreal, ausente en su mundo de tonalidades neutras, de sonidos apagados, de suaves esencias ya desvanecidas.

Sabía que debía buscar el momento oportuno, la coyuntura feliz, el pretexto para el acercamiento íntimo; era importante no cometer errores ni incurrir en ninguna de las faltas que la abuela consideraba intolerables como enredarse con su bastón o presentar las rodillas sucias. Debería ser cuidadoso, no dejar nada al azar, usar las palabras justas, sin mayores rodeos que fatigaran a la anciana. Lo planeó tan bien que todo salió de maravilla; le llevó él mismo la copita de oporto que la abuela acostumbraba tomar cuando las primeras sombras y el airecillo frío de la hora vespertina la hacían estremecer; esperó a que ese ligero tinte sonrosado que él bien conocía coloreara las mejillas mustias, y entonces ensayó la sonrisa más dulce y desplegó toda su persuasión.

Al principio ella se resistió; este niño, el último familiar que le quedaba, lo representaba todo para ella, sin embargo, se sentía consciente de que le estaba retaceando la infancia, a fuerza de someterlo a la rigidez impuesta por sus costumbres de octogenaria y por el temor de perderlo como a sus padres, ultimados trágicamente en un doloroso suceso. Alejo no tenía amigos, no salía nunca... ¿De dónde había salido la idea de una fiesta de cumpleaños si jamás había asistido a ninguna?

Alejo rogaba: —Abuela...

Y Dolores se sintió incapaz de empañar la pureza de esos ojos tristes. Pensó que Lina podría prepararlo todo, con la ayuda de la nueva mucama y que ella misma dirigiría hasta el mínimo detalle desde su incuestionable sitial. Pero... ¿Quiénes serían los invitados? Alejo no tenía condiscípulos ya que no iba a la escuela: Un preceptor, oscuro y convencional, le daba clases particulares...—Invitaremos a Manuel, explicó el niño, con el tono con el que se nombra a los personajes para quienes es superflua otra presentación. Manuel resultó ser el hijo del jardinero.

También a «Petaca» y a «Orejas».

—¿Y esos? —se escandalizó la abuela. Alejo explicó que eran los pequeños canillitas que conversaban con él diariamente a través de la reja del parque (lo que no dijo es que los admiraba secretamente porque fumaban y decían palabras fuertes, como si fueran hombres). A punto estaba la abuela de negarse a autorizar una fiesta de perspectivas tan singulares, cuando el niño añadió:

—Podrían venir también los niños de Márquez y los hijos del Dr. Venci, y...

Ella sonrió, aprobando esta muestra de habilidad diplomática, ya que Venci era su abogado y los Márquez, los únicos vecinos con quienes, de tarde en tarde, se visitaba; él siguió enumerando, arguyendo y ganando palmo a palmo el triunfo.

La abuela había terminado por cejar, y esa misma tarde le dio a Lina las instrucciones necesarias. Se hicieron formalmente las invitaciones (salvo a Manuel, a «Orejas» y a «Petaca» de quienes personalmente se encargó Alejo alborozado) y se llevó a la cocinera una lista de masitas y de tortas, de «mousse» y de confites.

El gran día había llegado. Se levantó con premura y se vistió, trémulo, feliz. Cuando fue a saludar a la anciana, el beso y el regalo de la abuela que otros años fueron la única señal de un acontecimiento especial, eran ahora el preludio de otros goces, la certeza de futuros deleites. Se ajustó el flamante reloj pulsera a la muñeca con reverencia y desde ese momento comenzó para él la interminable carrera del tiempo.

—¿Cuántas horas faltan? —preguntaba a Lina, revoloteando a su alrededor, mientras seguía con fruición, uno a uno, los preparativos.

El único acontecimiento desagradable de la jornada fue el altercado que mantuvo la abuela con la nueva empleada, esa muchacha esquiva que desde que entró en la casa, parecía tratar a todos con agresividad.

Oyó en el dormitorio de la abuela las voces airadas en discusión, pero él no pensaba inmiscuirse en algo que no le concernía; en cambio, fue a su cuarto a preparar, para mostrar a sus invitados, el herbario que él mismo confeccionó con la curiosidad del solitario por la naturaleza.

Algo le contó Lina en el almuerzo, sobre el motivo de la infidencia: la anciana había echado de menos una plaqueta antigua, una de sus alhajas más queridas y valiosas, y suponía, por lógica, que la nueva empleada la había tomado.

Tras la reyerta tempestuosa, la joya había aparecido misteriosamente, pero la doncella fue despedida sin contemplaciones.

—Mejor, no nos quería —dijo Alejo, y continuó elucubrando en su imaginación la fiesta memorable.

A la hora indicada todo estaba listo: Dolores aguardaba en la sala, recta la espalda en el sillón vienes, la garbosa cabeza blanca erguida en actitud presidencial. Alejo, emocionado, incómodo en su negro pantalón de terciopelo, el rostro tan blanco como «jabot» de su camisa, maternal como siempre en su figura almidonada y amplia.

El carrillón dio las seis campanadas que Alejo esperaba, y a partir de entonces los minutos parecieron arrastrarse con pesadez de agonía. El carrillón dio el cuarto y luego la media hora con su indiferente, repetida música.

—No vienen —dijo la abuela, frunciendo el ceño. Y eso fue todo.

En el salón barroco nada ni nadie se movía; diríase que tres muñecos de cera completaban un cuadro de museo. Sólo los patéticos ojos de Alejo recorriéndolo todo, se posaban en las altas sillas vacías del comedor, que como centinelas rodeaban la mesa dispuestas para el té, o en los payasos de cartón que Lina colgara en las paredes, que parecían hacerle muecas burlonas. Volvían angustiosamente a la puerta cerrada y trataban de penetrarla mientras se repetía en su mente la frase de la abuela:

—No vienen... Pero, ¿por qué? «Orejas»... «Petaca»... Manuel... los otros... ¿Por qué?

Presentía que era irremediable, pero permaneció en el último peldaño de la escalera, empecinado, sin poder convenirse, hasta que muy tarde ya, alta la noche, Lina lo llevó dormido hasta su cuarto, arrancándolo de su inútil y obstinada espera. El sueño, sin embargo, no había borrado el cruel desencanto de su rostro infantil.

...

Mientras ofrecían la última edición del día, «Oreja» comentaba a su inseparable amigo «Petaca»:

—¡Yo no entiendo a estos ricos! Te invitan a una fiesta y después no te reciben. Que la abuela está muy enferma... ¡Bueno! Pero que la nueva mucama te despida desde la calle sin contemplaciones, ¡vamos! ¡Y dicen que los «canillitas» no tenemos modales! En fin... ¡Extra!...

Jugando, jugando

Victoria me decía que soy floja. Se creía con derecho a decírmelo porque soy menor que ella. Para probarle lo contrario, consentí en pasar una serie de pruebas que me propuso. Pruebas de valentía, las llamaba; si las vencía, podría ser realmente su «hermana de sangre», tal como lo sellamos al estilo indio con ese rito tan impresionante de cortarse un dedo y ver como la sangre corre lentamente sobre la piel hasta mezclarse con la de la amiga, en un solo hilo grueso y brillante.

Empezamos con la prueba de la barra donde solemos hacer acrobacia cuando jugamos al circo. Victoria quiso que esta vez me colgara de las piernas con la cabeza hacia abajo y que aguantara hasta que dijera basta. Al principio fue fácil y divertido mirar las cosas al revés, pero luego empecé a ponerme rígida y el cuerpo me pesaba cada vez más y más. Victoria parecía haberse olvidado de mí; sin embargo, yo sentía su presencia y casi podía adivinar su sonrisita despectiva mientras observaba mi angustia. Las sienes me martillaban y todo mi cuerpo era una cuerda próxima a estallar. Semi inconsciente oí la voz de Victoria, condescendiendo:

—Está bien, has aguantado lo suficiente. Mañana tendremos otra prueba.

La segunda fue difícil, pero ya no podía echarme atrás.

Mi amiga me llevó de la mano cuchicheándome al oído:

—No deben vernos. Se trata de salir y caminar por la cornisa. ¿O no te animás?

En los pisos superiores desde la ventana de la habitación de tío Esteban que no estaba, salí al parapeto tratando de no mirar hacia abajo y de concentrarme sólo en el muro gris, en esa pared

de la que no debía separarme ni un milímetro y a la que iba prendida con los diez dedos de las manos, como una ciega. Victoria contaba: uno, dos, tres, con un gran regocijo en la voz. Debía hacer diez pasos y volver: veinte en total, pero la cornisa era angosta y había mucho viento, un viento que me distraía, me impedía concentrarme y hacía volar mi pollera, mientras los cabellos se me arremolinaban en los ojos.

Cumplí la prueba, pero esa noche mamá me descubrió palpitaciones y notó mi excitación en el temblor de mis manos:

—Ana, mi reinita, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

Negué todas sus presunciones y me retiré a mi cuarto, pero oí que le decía a papá:

—No me gusta su nueva amiga, Victoria Watson. Es muy precoz y tiene rasgos crueles. No me extrañaría que estuviera influenciando a Ana. Oí decir que su abuelo está desequilibrado y dos de sus tías se suicidaron.

Y también alcancé a oír el risueño comentario de papá:

—¡Qué familia! No te preocupes, ya se irán, cuando termine la temporada.

Pero ellos no sabían que al otro día me esperaba la tercera prueba. Victoria quería comprobar si yo era capaz de no gritar si me encerraba en una pieza de su casa donde me esperaban «sorpresas». Una fue un gato que me saltó desde un rincón sin que yo hubiera detectado su presencia. Fue un buen susto, sobre todo porque aversión a los gatos (y Victoria lo sabe) pero logré dominarme y esperé otro impacto. Comenzaron a salir uno, dos, tres, eran seis en total, gigantescos, con el lomo abultado, listos para saltar, mirándome con sus duros ojos amarillos y amenazándome con sus gruñidos. Parecían hambrientos y desesperados por salir de un encierro prolongado. No sé cuánto tiempo estuve allí, clavándome las uñas en las palmas, inmóvil, sin provocarlos siquiera con la respiración. Cuando Victoria me abrió la puerta y observo mi rostro desencajado y mis ropas empapadas de frío sudor, me dijo:

Estoy orgullosa de ti. Mañana será la última prueba.

Esa noche no dormí porque los gritos volvieron una y otra vez en mis pesadillas. Presentía que la última prueba sería la más difícil pero no podía retroceder porque me había propuesto vencer a pesar de todo y porque, además, Victoria tenía trece años, dos más que yo, pero le temía más que a papá. ¿Cómo es tan poco tiempo había logrado tanto poder sobre mí?

Al día siguiente me esperaba puntualmente en la playa. Saludó a mis padres y me dijo en secreto: –Vamos a tu casa –sabiendo que en ella no había quedado nadie– allá será la última prueba. Necesitamos reunir ramas y en el parque de tu casa abundan.

Me consumía la curiosidad, pero parte del juego era no demostrar demasiado interés y estar incondicionalmente dispuesta a cumplir cualquier imposición, sin condescendencias.

Cuando tuvimos suficientes ramas, Victoria me condujo al vacío garaje, me hizo sentar en una desvencijada silla que entre otros trastos viejos se amontonaban allí y propuso:

–Jugaremos a ser Juana de Arco. ¿Has oído hablar de ella? Fue una heroína francesa y tú la representarás.

–¿Cuál será tu papel? –le pregunté.

–Yo seré verdugo, el que ejecutó su muerte –dijo dulcemente– y me ató a la silla. Cuando prendió fuego a las ramas, hacinadas a mis pies, agregó:

–La prueba consiste en aguantar el calor hasta que puedas. Juana de Arco lo hizo hasta el final, porque era valiente. No olvides eso –y se sentó frente a mí tarareando una canción entre dientes.

Podría yo haber gritado, haber intentado quitarme las cuerdas, mover la silla, pero era inútil la cancioncilla de Victoria me embrujaba y sus ojos prendidos en los míos me quitaban todo deseo de esfuerzo. Las llamas comenzaron a elevarse y en ese

momento creí realmente ser Juana de Arco inmolada en la hoguera y comencé a desvanecerme pensando que este calor que abrasaba mis piernas y el humo que comenzaba a asfixiarme eran el premio al valor que Victoria me había prometido.

Habría vencido totalmente la prueba si mi padre no irrumpía en el garaje dando fuertes gritos de alarma, mientras me arrastraba hacia afuera, amenazando a Victoria con las peores represalias.

Nunca más vi a Victoria Watson.

No le mojen las alitas

La tierra del camino se colaba y adhería como tiza al cuerpo, a pesar de que llevaba las ventanillas alzadas. El calor me abrazaba y me impelía apretar temerariamente el acelerar para tratar de acortar distancias, el azote de esa siesta en el campo correntino me estaba resultando un anticipo del averno, cuando un estallido vino a colmar mis desventuras. ¡Otra «panne»! Y esta vez, agotados los elementos de reserva, solo un abandono a la impotencia fue mi reacción inmediata. Pero el agobiante sol de enero me sacudió bien pronto de mi momentáneo desmayo y salí del automóvil dispuesto a procurarme auxilio.

Reverberaban los campos y el resplandor enceguecía. Caminé un trecho tratando de descubrir en esa desolación estética y brillante un vestigio de vida humana, pero el solo agudo grito de los «pirinchos» hería de vez en cuando el silencio. Me saqué la camisa y la enarbolé sobre mi cabeza como un pendón de tregua. Agradecidos, mis ojos exploraron los alrededores bajo la frescura de la tela, y un ranchito se levantó ante ellos a lo lejos, como debe aparecérsese el oasis veraz al beduino.

No era, sin embargo, un espejismo, y bien pronto me hallé frente a su puerta, empujado por la premura del hacer y casi sofocado ya por el bochorno. Golpeé con los nudillos sobre la madera pobre pintada de verde y esperé anhelante. La puerta se abrió de golpe y me encontré frente a un hombre joven, enjuto, de barba crecida y muy oscura, que calzaba alpargatas, vestía bombacha de paisano y llevaba el torso cubierto por una raída camiseta. Me miró e hizo ademán de cerrar, pero se arrepintió enseguida y dijo entonces:

—Güenas...

Le explique mis motivos y necesidades mientras dos chiquillos semidesnudos prendidos a sus bombachas me miraban cu-

riosos, y la oscuridad de interior fresca y balsámica me atraía con fuerza. Adivinó sin duda el hombre mi intención, pues dijo:

—Si gusta, pase... pero acá hoy nos llegó la desgracia...

Entré sin comprender todavía, cegado por la luz del exterior y cuando pude distinguir vi dos sombras que se movían silenciosas, junto a un bulto pequeño, sospechosamente rígido sobre la mesa de tablas.

Se murió esta mañana, la «guanita», —explicó el padre, y me siguió contando las alternativas de una enfermedad que parecía centrarse alrededor de palabras claves como «empacho» y «daño».

Aliviado por el agua de pozo que al instante me ofreció el paisano, se me borraron de golpe mis adversidades en la ruta, para dar paso a un estupor creciente, al observar el inesperado ritual que ante mis ojos se cumplía: dos mujeres —una vieja y la otra joven— diligentes y graves, enfundaban el magro cuerpecito de la niña que no alcanzaba a un año, al parecer, en un vestido blanco, talar, que solo dejaba al descubierto las manos, la amoratada carita y unos lacios mechones de renegrido pelo.

Según supe más tarde, la mujer de edad, que era la «curandera» o «manosanta», contemplaba sus servicios en los casos frustrados como este, con la preparación del «angelito» y todo lo necesario para el velorio.

La otra, colegí con sorpresa, era la propia madre de la criatura, cuyo aire impresionaba sin que se pudiera precisar porqué, ya que ni una lágrima denunciaba el dolor. Se traducía, sin embargo, en sus gestos, en sus movimientos y en el patetismo de su mirada cuando seguía los sabios preparativos de las sarmen-tosas manos que colocaban a la espalda del envoltorio dos celestes, toscas alitas de papel y un ramillete de flores silvestres entre las manitas yertas. El cadáver de la pequeñuela fue introducido luego en un cajoncito de pino burdamente forrado con tela celeste.

Yo, inesperado testigo de esta escena que se me antojaba tan irreal como insólita, no me atrevía a preguntar ni a romper el ceremonial silencioso que la circundaba. Solo cuando hubieron terminado, salimos al patio el hombre y yo. Me explicó que a media tarde pasaría la camioneta de un vecino rumbo al pueblo y él podría llevarme y traerme luego en busca de mi automóvil, con lo necesario para repararlo. Con suerte seguiría viaje antes de la noche.

Sucedió como lo anunciara, menos lo de mi partida, pues antes quise seguir el desarrollo del singular velorio. Pronto comenzaron a llegar los deudos y vecinos con guitarras y acordeones. Una pareja de aire más acaudalado que los demás hacía las veces de anfitriona y era destinataria de las pullas y las exclamaciones:

—¡A bailar los padrinos! ¡Que empiece la música!

Circulaban por igual la caña y el vino, mientras un cantor desgranaba cuartetas alusivas al «angelito», entremezcladas con la cadencia monótona del chamamé: «Adiós angelito, ya te vas / hasta tu destino/ a rogar por padre y madre/ y también por tu padrino». Y así transcurrían las horas en jolgorio ajeno al montoncito de huesos y carne sobre el que proyectaba fantásticas sombras las míseras luz de las velas.

Una persona sufría, sin embargo, casi confundida en un rincón con la pared del rancho; la madre tenía los ojos secos clavados en el fantasmagórico cuadro. Me deslicé hasta ella y di rienda suelta a la preocupación que me devoraba:

—¿Por qué ni llora? Se sentirá mejor.

Me miró espantada y me contestó:

—No se llora, señor, por un «angelito». Si se le mojan las alitas no puede volar al cielo.

Y se quedó callada, hecha un ovillo de superstición y pena, soportando en su interior la pugna hartamente pesada para alma tan simple.

No sé hasta hoy porqué me quedé hasta el filo de la medianoche acompañando a esa mujer en su dolor secreto y cuando reemprendí el viaje a Buenos Aires aún sonaba en mis oídos la monótona voz del cantor:

...«La madre de este “angelito”/ deje ya de llorar/ no le moje las alitas para que pueda volar»...

El maníaco

Podía ver las palomas por un ángulo del ventanal que la pesada cortina no alcanzaba a cubrir. Las palomas, mis amigas de la plaza, a las que el día anterior alimentáramos con mi hijo como tantas otras tardes en que juntos volviéramos a casa excitados y ligeros, casi confundidos el uno con el otro, riendo fuerte, libres.

La visión familiar de los pájaros grises prestaba sin duda a mi rostro un resto de valor o quien sabe qué anhelante y oscura esperanza.

Él reparó en ello y cruelmente corrió la cortina, sumiéndome de golpe en una intimidad del horror.

Él. Me resistía a enfrentarlo, pero no quedaba otra alternativa a mi limitado campo visual y tuve que volver lentamente los ojos hasta mirar a ese ser que estaba en mi vida desde hacía ... ¿cuánto? ¿Tres horas, ya? «(bien podrían haber sido tres lustros o tres siglos... El tiempo se había detenido).

Satánico –pensé–. Arrollado en el sofá, con el cuerpo echado hacia atrás y balanceando una pierna con metódica oscilación, emanaba de su gesto la suficiencia del que se sabe dueño de la situación. Nada hubiera denotado su insania si no fuera por el destello siniestro de los ojos demasiados brillantes, exóticos, alucinados.

Desvié la mirada porque vislumbré en mi interior que me era imprescindible evitar ser presa del pánico; busqué con desesperación en mi mente un resquicio salvador que me distrajera de aquella pesadilla. La imagen de Adrián, mi hijo, mi pequeño. Sin duda el pensamiento me reconfortaba, pero me llamaba también a la realidad. Adrián y su padre estarían viajando ya por aire, tal vez en ese avión que zumbaba en ese mo-

mento por sobre nuestras cabezas desafiando el silencio aterrador de recinto.

Mi verdugo no se movía. No hablaba. Se limitaba al vaivén de su pierna y al tamborilear incesante de sus dedos sobre la felpa del sillón, dedos larguísimos, pálidos, curiosamente aplastados en los extremos. Me observaba de una manera piadosa, con una suerte de reverencia irónica como ante el condenado sin remedio.

Comencé otra vez mi juego de evasión. Pensar en cosas, en cosas de mi vida que me sustrajeran. Yo libre, yo en la Universidad con mis alumnos, yo haciendo compras con Adrián o en las carreras esperando a Germán, yo con los dos recogiendo algas en la playa. Yo. Y no esta extraña mujer inmóvil con los brazos sujetos a la espalda, paralizada por cuerdas y terror, atada como un mártir romano al prisma inocente de un reloj de pie, convertido en cepo de lenta tortura.

¿En qué momento se había introducido en mi casa este ser increíble que gozaba manifestadamente al ver mi extenuación, que seguía con sorna mis intentos de vencer el miedo, mis esfuerzos de no ceder a la desbordante angustia que me poseía?

Yo sabía que su inacción era calculada y que el prolongarla contribuía a acrecentar el placer de su sadismo, pero sabía también que su mente enferma estaba sin duda tramando el nuevo paso, quién sabe qué refinada y escogida novedad para satisfacer su instinto.

Un tic asomó de golpe en su ojo izquierdo. Se levantó nervioso y ese movimiento brusco me sobrecogió con un pavor sordo y creciente ante la inminencia de su indecisión. ¿Me mataría? Por primera vez la idea cobró toda la magnitud de su significado, pero no logró en su esencia aumentar mi terror. Lo peor provenía de pensar el modo en que lo haría.

Por un momento él desapareció de mi vista; las sombras iban agazapándose a mi alrededor como para servir de mudos testigos a la escena irreal que me tocaba protagonizar. Todos mis

sentidos se habían concentrado en uno solo: oír... Pero era imprescindible penetrar el silencio ¿Y si se hubiera ido?... Una loca esperanza me nació en el pecho, pero se apagó tan pronto como la cerilla que chasqué y rasgó la oscuridad de la habitación contigua. Estaba en el dormitorio de Adrián, deslizándose como un felino buscando... ¿qué?

Cuando reapareció, traía en su boca fantasmal una sonrisa infantil; en las manos, entre los dedos finos, siempre en movimiento, tenía el objeto de su búsqueda; reconocí el juguete que yo mismo le regalara a mi hijo para la Navidad pasada: «Águila Roja», rezaba la caja. En el interior, un arco y flechas aparentemente inofensivos, habían hecho las delicias de Adrián y aun de Germán, cuando juntos rivalizaban en puntería disparando a un gran blanco de cartulina roja y negros círculos concéntricos.

Cuando observé que la sonrisa del maniático se hacía más ancha, cuando colocó una de las flechas en el arco con regocijo y me miró con fijeza, comprendí que el «Águila Roja» se había convertido en un juguete peligroso. La absurda evocación del número de circo que en mi niñez me llenara de miedo y de asombro, me hizo sentir ridícula y aún más indefensa; el infalible tirador de puñales» de mis recuerdos era suplantado ahora por este insano que iba a hacer de mí el blanco de su locura.

La primera flecha rozó mi hombro izquierdo y fue a incrustarse en la madera del reloj con un chasquido; por el rabillo del ojo vi el impacto que hizo bailar el otro extremo durante unos segundos; luego una risa escalofriante irrumpió en el silencio y se desbordó como un torrente hasta terminar en un jadeo caprichoso.

Traté de dominarme; la razón me decía que, aun cuando una de las flechas me hiriera, no podría causarme una lesión seria. Pero el terror era más poderoso que el razonamiento; los preparativos para el segundo disparo llevaron mis nervios al paroxismo; increíblemente no podía gritar; tenía paralizados los miembros. La voz y todo movimiento. Solo atiné a cerrar los ojos para evitar que el proyectil diera en ellos, y esperé.

Una andanada de saetas se sucedió en instantes angustiosos, cada una rubricada por la risa infame. Yo ya no podía razonar, sólo sentir el temor expectante del nuevo ataque, el punzante pinchazo de algunas más certeras o la carcajada enferma que lo trastornaba todo, alterando la noción del tiempo y del espacio, reduciéndolos a una interminable pesadilla.

Súbitamente el timbre de la puerta comenzó a sonar.

Si mi sorpresa fue grande, cuál habrá sido su estupor, su desconcierto. El timbre sonaba con insistencia sin interrupción.

De pronto sentí que él comenzó a correr por el departamento como una fiera acosada buscando una salida. Trepó al alféizar de la ventana con un movimiento tan rápido como los flechazos con que me martirizara y lo último que vi de él fueron sus largos brazos abriéndose contra el cielo plomizo.

Me desmayé cuando el timbre impulsado por el hasta hoy ignorado visitante dejó de sonar y en su lugar, un alarido resonó en mis oídos, infernal, desgarrador y cada vez más lejano, cada vez más lejano...

En el decimosexto piso reinó la oscuridad.

Tras la celosía

Estoy aquí, atisbando como siempre. Erguido sobre el espaldar de la silla de ruedas e inclinado ligeramente hacia la celosía cerrada. En mi puesto de observador solitario, como un francotirador atento al blanco de su mira, veo pasar los seres y las cosas por entre los retazos de luz que deja la madera, rectangulares, paralelos e iguales, donde se clava la pupila alerta, avizora, en este juego de adentrarme en la vida de los otros, en este empeñarme en seguir viviendo con las piernas de los demás, con las fuerzas y los bríos de los que pasan frente a mi casa silenciosa sin adivinar en ella una atalaya.

He aprendido a registrar con la retina los elementos que conforman el marco archifamiliar y, sin embargo, cambiante y sorpresivo, abierto a las más imprevisibles variaciones, como aquel trozo musical al que reconocemos por la constante melodía, pero al que infinidad de sonidos se han adicionado en una gama revolucionaria de matices. En primer lugar, el sol. Lo veo hacer dibujos en las hojas de los árboles que se vuelven caprichosos con el viento. Se va corriendo lentamente sobre la calzada, marcando las horas con precisión absoluta, desdeñoso de falibles mecanismos. Cuando alcanza a lamer con pereza la vereda de enfrente, es medida. Llegan entonces Onofre y me anuncia el almuerzo. Abandono con pesar mi puesto y luego, por unas horas, el sueño liviano de los viejos me mantiene entre dos mundos suspendido, debatiéndome entre la realidad de mi habitación oscurecida y la irrealidad de imágenes oníricas que invaden mi siesta pueblerina.

Desde el mirador observo también la lluvia; los charcos que se deforman salpicando, las pequeñas corrientes de los desagües arrastrando hojas y guijarros... La floración de las plantas del jardín de enfrente que me van señalando el paso de las estaciones y así como la mancha amarilla de la retama me enciende

un resto de alegría, los brotes sangrientos de la «estrella federal» me anuncian otro inflexible invierno.

Apenas hablo ya. Me limito a buscar afuera, en esa vida palpitante de la calle, los vestigios de aquel que otrora fui.

Onofre no es la compañía ideal para un inválido. Está en la casa desde que yo recuerdo, pero se ha detenido en el tiempo. No envejeció en su exterior, se mantiene rudo, fuerte, primitivo, con la piel atezada casi negra, curtida por mil soles, vestido apenas, con aspecto de Robinson Crusoe.

Yo habito mi cuarto y el rincón de sala tras la celosía. En el resto de la casa deambula él, silencioso y oscuro como su sombra. Atiende a mis necesidades y acata mis órdenes, pero no hay en él la solicitud del servidor sumiso y fiel sino más bien la aceptación de ese rol paradójico que le toca jugar: el de criado y amo al mismo tiempo, poderoso e impotente a la vez, que depende de mí como yo de él, unidos al mismo carro por designios insondables.

Cuando éramos niños yo solía mortificarlo con refinadas crueldades propias de mi condición superior. Las sufría calladamente, sin implorar clemencia ni asumir venganza. Esa resistencia tozuda, inexpugnable, hizo que bien pronto abandonara mis maniobras y me buscara un más digno rival. A Onofre lo ignoré desde entonces.

La familia y la servidumbre fueron menguando, unos murieron, otros partieron y ya no regresaron. Solo Onofre continuó a mi lado y soportó conmigo el azote de mi invalidez. No hay, sin embargo, entre ambos la más leve intimidad. Estamos juntos involuntariamente, por azar, por el solo hecho de haber sobrevivido a los demás. Con sus pantalones arremangados y sus pies descalzos, recorre la casa como poseyéndola con la mirada y un asomo de codicia da brillo a sus pupilas. Sabe que será suya a mi muerte y seguramente se imagina ya sin el estorbo de mi presencia paralítica.

Yo sigo observando lo único que me interesa; el espacio de calle que me pertenece, donde vuelvo a encontrarme con la infancia, con el amor adolescente, con la plenitud y el dinamismo de esa gente que pasa, a quien conozco casi como se conocen ellos mismos.

Hace unos días mi caleidoscopio tiene una imagen nueva: es un hombre de boina colorada que mastica tabaco y lo escupe con rabia a los costados, apostado frente a mi casa, como esperando algo. Su aparición no es propia de mi panorama habitual ni me aporta la agradable sorpresa de lo novedoso: tiene algo de siniestro, a pesar de la boina colorada y el aire rural; y cuando mira sin verme, siento que su mirada está dirigida a mí, aunque no me vea y hasta creo advertir una franca malignidad en ella. Tal vez sean imaginaciones mías, tal vez abuso de mis facultades de espectador privilegiado que cree barruntarlo todo; pero no, estoy seguro de que la presencia inusitada de este hombre encaja en la atmósfera extraña que me envuelve últimamente. Por eso no me sorprendí al ver que Onofre parece conocerlo, pues se le acercó ayer y le habló rápidamente con autoridad.

La vaga inquietud es ahora un presagio agorero y tenebroso. Paso a paso veo cumplirse mis presentimientos: hoy ese hombre entró a mi casa. No lo vi, pero me bastó adivinarlo cuando abandonó su apostadero y desapareció de mi campo visual. Oí luego sus voces, la de él y la de Onofre, en un murmullo de frases cortas, reveladoras de solapados planes, y dos palabras nítidas llegaron a mis oídos: «esta noche».

A la hora habitual Onofre ha querido empujar mi silla hasta mi cuarto, en el vespertino ritual, pero no lo dejé. —Isariote se renueva— le dije, y sé que no me entendió.

Ahora espero la noche sin miedos, despidiéndome de mi universo reducido, de la tarde, esta última tarde que se va, y ya sin sorpresa veo llegar a mi refugio al hombre de la boina colorada y, por primera vez, atisbo la muerte tras la celosía.

La guitarra

El muchachito moreno estaba como transfigurado; su semblante oscuro se había iluminado con esa luz resplandeciente que sólo proporciona la alegría de los grandes momentos: la maestra sonrió satisfecha, ganada ella también por la misma alegría. Y allá se fue él, demasiado emocionado para agradecer, apretado a su regalo como queriendo convencerse de que eso era realidad: la guitarra; ¡¡La guitarra!!; cuánto la había deseado. Desde siempre, pero más aún desde aquel día en que, venciendo miedos y timidez, se volvió popular en la escuela cantando «Juan Payé». El Día de la Tradición fue glorioso para Julio Quiroz, al que apodaban «Mono» sus compañeros, sin pensar cuan acertados estaban y cómo lastimaba al muchachito este mote inocente: su piel oscura, las enormes orejas salientes «en pantalla», los ojillos como bolitas relucientes y la boca grande eran los rasgos que le ganaron el apodo. Pero, a partir de ese 10 de noviembre, «El Mono» ya no era nombrado con ligereza, algo había cambiado, algo ponía un matiz de admiración en la voz de los chiquilines que le pedían en los recreos; —«Mono», cantá «La vestido celeste»! — «Mono», sabés ese chamamé que se llama?... Y el correntinito, feliz, dándose aires de importancia se hacía rogar hasta que cedía porque ya él mismo no podía contener sus deseos de cantar.

Todo había comenzado por una feliz circunstancia: en un cumpleaños celebrado en el aula en que cada uno debía mostrar sus habilidades, la maestra «descubrió» que Quiroz tenía buena voz, que Quiroz entonaba haciendo gala de un oído extraordinario, que Quiroz ¡hasta tocaba la guitarra!... En los días que siguieron y guardando entre los dos el secreto, la maestra llevaba al negrito a su casa, le hacía escuchar discos y practicar con una guitarra prestada, un vasto repertorio de canciones del terruño. Le gustaba verlo afanarse con tesón escuchar, imitar, gozar por

último de su triunfo, cuando sudoroso y feliz, terminaba el ensayo.

Así llegó el día en que su «debut» dejó boquiabiertos a los alumnos y maestros del turno mañana: ¿El Mono?; «El Mono» Quiroz, ¡guitarrista y cantor! Si parecía mentira... Sin embargo, allí estaba él. Tomando muy en serio su papel, un poco tembloroso al principio, seguro y feliz cuando los aplausos vinieron a premiarlo.

Ese 10 de noviembre fue inolvidable para Julio Quiroz. Hasta entonces sus diez años de vida habían transcurrido sin alternativas en un ambiente de pobreza miserable: el rancho, el padre casi siempre alcoholizado, la madre enferma y agobiada, los nueve hermanos. Se había criado solo, como crecen los yuyos. A veces ayudaba al padre que era verdulero y con una canasta en cada mano ofrecía de casa en casa su mercancía. En la escuela se sentía feliz, más que nunca ahora que se había tornado popular; y como si ello fuera poco, su más cara ambición, una guitarra, le pertenecía desde ahora para siempre. Eso era lo increíble; era de él, su primera pertenencia. Después de recibirla y para que los otros no vieran su emoción, volvió solo a su casa escapando al grupo vocinglero que otras veces integraba. Se sentía distinto, importante; apretaba bajo sus dedos posesivos la madera lustrosa, consciente de las miradas de admiración que le seguían desde los ranchos. Llegó a su vivienda –barro apisonado, latas, tristeza, hambre, desnudez– y ensayó para sus hermanos la sonrisa más blanca, más radiante, para anunciar: –Miren lo que traigo; ¡es mía!

Algo en la mirada del padre lo detuvo, un brillo extraño que le hizo presentir en un relámpago que se avecinaba una catástrofe.

–Ajá, ¿y de 'ande la sacaste?

Mientras el chico calculaba la conveniencia de decir la verdad sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad del rancho. Entonces la vio. Mejor dicho, la adivinó bajo los trapos que cu-

brían la cama y advirtió bajo que respiraba con trabajo, los ojos cerrados, la cara terrosa.

—¿Qué tiene Machuca?

Antes de recibir respuesta ya sabía él que sería uno de sus ataques. Su madre era enferma, ya estaban habituados y lo aceptaban como aceptaban todas las otras miserias que vivían. Pero esta vez era distinto, algo se lo decía, un presentimiento odioso que le hacía pensar en un segundo, inexplicablemente, en palabras como muerte, dolor. Machuca, guitarra (¿por qué «guitarra», por qué?).

El padre estaba diciendo algo: «Si es cierto que es tuya podemos venderla, m'hijo; tu mamá está grave, el Doctorcito dice que no debemos moverla; en el hospital nos hubieran dado los remedios, pero aquí...»

Julio sintió que algo le subía desde adentro, algo caliente, como fuego: lo abrasaba, le nublaba los ojos, lo impelía, se abrazó a la guitarra y salió a la luz mortecina de la tarde que se iba y corrió sin detenerse. Rebeldía, desesperación, impotencia. ¡Infeliz muchachito! Cómo analizar sus sentimientos, cómo describir lo que sentía si lo único que él mismo distinguía confusamente dentro de sí mismo era un imperioso mandato de todo su ser: «Salvar la guitarra» y un ruego: «La guitarra no, la guitarra no».

Llegó a la alcantarilla cuando ya la noche caía. Tenía allí un refugio, su lugar secreto donde tantas veces se escondió de las palizas del padre o donde pasó feliz alguna rabona inocente. Esta vez le pareció un lugar desconocido, poco acogedor, distinto, Sintió frío y algo más, algo así como miedo. Sí, era miedo, pero sabía que no era la oscuridad la causa, era «miedo de lo que había hecho». Él no estaba familiarizado con este sentimiento, generalmente no se arrepentía de sus fechorías o aventuras; esto era nuevo, era amargo, un sentimiento feo que no le daba paz. Una idea le rondaba en la cabeza, pero se negaba a enfrentarla.

Comenzó a tirar piedritas al agua para distraerse, pero la idea persistía hasta que se abrió paso en su cerebro y cobró voz y vida, susurrándole: «Machuca, Machuca, Machuca». Ahí estaba por fin, lúcido instalado dentro de sí mismo el problema: La guitarra o Machuca, la guitarra o Machuca... El tren de la medianoche trepidó por sobre su cabeza pareciendo acomodar su ritmo acompasado a las palabras que le torturaban. Medianoche ya. Hacía varias horas que se había escapado de su casa. El padre había mandado a uno de sus hermanos a buscarlo, pero él sabía que estaba seguro, no lo hallarían en su escondrijo. Recordó de nuevo a la madre, pálida, con sus negros mechones de pelo esparcidos sobre la almohada respirando agitadamente con aquel estertor desagradable; una vez había escuchado ese mismo ruido al abuelo agonizante. ¿Y si Machuca se moría como el abuelo?...

De pronto se puso a llorar. ¿Lloraba por la madre, lloraba de miedo o lloraba como se llora en la hora de los grandes renunciamentos? Era un llanto de auténtico dolor, de desprendimiento supremo, de sublime decisión: Un adiós desgarrador a lo que más deseaba, a su única posesión sobre la tierra. Ya no habría canciones, ya no habría aplausos para «El Mono», ya nunca más podría volver a tener una guitarra.

A veces el llanto de un niño es un llanto adulto, doloroso. Así lloró Julio Quiroz aquella noche. Julio Quiroz al que apodaban «Mono».

.....

En el almacén de don Joaquín, el Turco, que trafica con todo lo que le ofrecen, hay colgada una guitarra.

El mensaje

Donato Sastre sostuvo entre sus manos morenas la palomita gris, mientras farfullaba palabras que sólo él entendía: «el muy inconsciente, desistir ahora; justo ahora, cuando ya no es posible retroceder».

Tomó su lápiz y un papel y pensó en el texto del mensaje; debía ser breve y conminatorio, a la vez que inocente y sencillo para no despertar sospechas en caso de que fuera confiscado por manos extrañas.

Mientras lo escribía, retrocedía con el pensamiento a un año atrás, cuando comenzó su vinculación con el Club de Colombófilos, una afición que desde entonces le resultaba la cortina de humo ideal para su verdadera actividad: el contrabando de whisky. No había nada más natural que enviar semanalmente, entre otras, a una ingenua palomita mensajera, que llevaba a su cómplice los datos precisos anunciando que «el bebé» llegaría a destino. Habían convenido algunas palabras claves como ésa, para designar el contrabando. Y así de una orilla a la opuesta, surcando con precisión el cielo fronterizo, iban los mensajes para el Pibe Maldonado que habitaba una caseta en las inmediaciones del río.

Donato sonrió mientras acariciaba la paloma, felicitándose interiormente por su astucia; el no corría riesgos, sólo actuaba de enlace, pero era el cerebro de la organización y el que cobraba los mayores dividendos. El tercero, el dueño de un bote aparentemente inofensivo, transportaba «el bebé» (generalmente veinte o treinta botellas del mejor scotch) a la hora que él indicaba como libre de riesgo mediante sus vinculaciones con la Aduana y su fachada de hombre probo.

Y ahora el Pibe pretendía desertar. Justo hoy, cuando ya estaba en marcha la semanal operación, que llevaría, para colmo,

una sobrecarga adicional de buen cognac legítimo. «Tendré que cumplir, al menos una vez más», masculló, mientras ataba el fino cordel a la pata del animalito; y como siempre, sus camaradas del Club de Colombófilos lo vieron soltar con gesto simbólico y ampuloso la pseudo amistosa paloma, que se perdió allende el río, en el cerúleo azul del firmamento.

.....

La muchacha miró por la ventana las barcas que cruzaban lentamente las aguas marrones. Todo parecía igual a los días anteriores y, sin embargo, en su interior se estaba desencadenando una decisión trágica, irremediable.

Había llegado al límite de su espera y en medio de su ignorancia y su falta de experiencia, la ausencia prolongada del hombre que la había engañado y un ancestral instinto femenino, le decían que ya no volvería. Hacía dos meses que había partido con las promesas de siempre y sin darle, esta vez, los pocos pesos que de vez en cuando le dejaba. ¿Qué haría? Ese hombre maduro, autoritario y bestial había reemplazado al padre débil que le dio una infancia sin madre y sin escuela. De ambos había dependido como una planta frágil, sin voluntad propia, sin más horizontes que el río y su paisaje y la vida miserable de los ribereños. El miedo la había ido poseyendo poco a poco en los últimos días; un miedo sordo que provenía de oscuras ignorancias, de desconocidas sensaciones, de presentimientos e intuiciones. El miedo le venía de adentro porque era en su interior que notaba el cambio, algo que se estaba produciendo en ella y que le causaba este desasosiego, este temor que hoy pretendía ahogar. Estaba sola. Se sentía un objeto abandonado. Sola y sin fuerzas para afrontar los días que vendrían, en que esa duda que hoy la atenaceaba podría ser una realidad insostenible para ella.

Miró en derredor sus pobres cosas. Salió afuera. La casilla de al lado estaba cerrada, los Maldonado habrían salido. Los otros vecinos no estaban a la vista. Se decidió sin más porque ya era insoportable ese deseo de olvidar, de liberarse, de dejar de sufrir. Su cuerpo adolescente iba entrando en el río cuando la paloma gris se le posó en el hombro. Abrió los ojos y se en-

contró con el mensaje destacándose níveo sobre su piel oscura. Leyó deletreando, ganada ya por la superstición de su alma simple: «Espera. El bebé ya está en camino. Debes recibirlo. D.»

Y algo muy hondo le arrancó un sollozo, un grito que ahuyentó a la paloma y la obligó a remontarse como si se reintegrara al cielo.

—Me escribió Dios —dijo la desventurada, y entre risas y llanto, salió del río.

La estatua del ángel

Cada vez que oigo el grito triunfante de los teros se me encoge el corazón. Lo asocio de inmediato con mi infancia lejana y mis paseos a la estancia de una prima, casada con un fuerte hacendado de la zona. Aún siento el frescor del rocío colándose a través de las sandalias y veo la luminosidad de esas mañanas en qué marchábamos rumbo al tajar, meta de la pandilla que yo encabezaba, apenas unos años mayor que los hijos de mi prima, temerosos del «dueño del sol» pero audaces al fin porque eran más fuertes el afán de aventura y la sensación de libertad que experimentábamos, oyendo el chillido de los teros sobre nuestras cabezas y mirando el espacio dilatado que nos circundaba. ¿Por qué se me encoge el corazón? Porque los recuerdos de infancia implican nostalgia y el sabor agrídulce de lo bello perdido irremisible, y por sobre todo, porque aquellos días estuvieron ligados a un hecho terrible, que sólo después de muchos años pude desentrañar y comprender.

Había mucho de atrayente para mis ocho o nueve años en la casa de la estancia «Santa Clara»; por ejemplo, la biblioteca con la colección completa de los cuentos de «Las mil y una noches» que devoraba literalmente bajo los árboles añosos del jardín del fondo donde me gustaba aislarme, alternando su lectura con la de las revistas «Intervalo» y «El Toni», folletines inolvidables de personajes legendarios, aventureros o románticos.

Otra atracción eran las estatuas: ángeles en distintas posiciones que no me cansaba de contemplar en ese mismo jardín donde mi fantasía desbordaba. Los había de piedra y de mármol y su número era aumentado cada tanto por el cuñado de mi prima, un artista que dibujaba, pintaba y coleccionaba ángeles.

Uno muy estilizado, desnudo, de pie, llevaba el cuerno de la abundancia; otros dos, sentados simulaban tocar el clarín y

la trompeta en poses airoas, como anunciando una buena nueva celestial. En un enmarañado rincón del jardín, tal vez el más sombrío, se destacaban dos pequeños seres alados sosteniendo una gran vela en el centro; este grupo escultórico llevaba al pie la siguiente inscripción de Confucio: «Más vale encender una vela que maldecir en la oscuridad». En otro lugar más abierto, la estatua de Gabriel arrodillado sobresalía entre todas, por su tamaño, por la nobleza del mármol y por su actitud de decoración con los brazos en alto y la cabeza hacia atrás. Había algo en esta estatua que me hacía preferirla a las demás; lejos estaba yo de imaginar que sería la muda protagonista de aquel hecho en que yo también fuera testigo.

Las cosas ocurrieron así, para mi óptica de niña desprevenida e inocente; yo había reñido con mis primos pequeños esa tarde en que decidí marchar hacia el jardín para imponerles el castigo de mi ausencia. Me escondí entre arbustos perfumados con una de mis revistas favoritas en la mano, cuando me llamó poderosamente la atención la aparición furtiva de Ludmila en mi reducido campo visual. Ludmila, la novia porteña de Lucas, el artista, que pasaba con él sus vacaciones en la estancia. Con sorpresa la vi arrodillarse a la par del Arcángel Gabriel y trabajar afanosamente con las manos como si buscara algo. Se fue enseguida con expresión culpable y mirando alternativamente a una y otra parte. Me moría de curiosidad, pero no tuve tiempo de dilucidar el misterio: otros pasos se oyeron junto a la estatua y volvió a repetirse la escena; esta vez era Lucas el que se arrodillaba y buscaba con frenesí. Qué divertido —pensé— debe ser un juego que ellos inventaron. Cuando Lucas se fue y yo me disponía a acercarme, un tercer personaje interrumpió proveniente de la tranquera del fondo: era Tonio, un peoncito joven que de criollo sólo tenía la indumentaria porque más parecía un efebo griego con sus rubios cabellos enrulados y su aire delicado, herencia seguramente del padre gringo desconocido. Tonio cavaba con las manos afanosamente como minutos antes lo hicieran Ludmila y Lucas. Luego se fue con el mismo aire culpable y movimiento felinos. Me acerqué por fin a la estatua y hurgué a mi vez bajo la rodilla de Gabriel apoyada en el suelo. Decepcionada, encontré una cajita metálica oscura, semioxi-

dada, que no se habría fácilmente. Decidí dejarla en el lugar para recogerla más tarde, cuando las sombras de la noche me resguardaran de la curiosidad de mis primos. Luego la olvidé, la olvidé mucho tiempo, durante años, porque esa noche ocurrieron cosas en la estancia. Hubo la cara oscurecida del marido de mi prima, hubo nerviosas explicaciones de ésta al encerrarnos a los niños en una habitación, hubo la partida intempestiva de Lucas y Ludmila a los que despedimos tristemente desde la ventana; hubo luces prendidas toda la noche e idas y venidas del capataz y de unos hombres desconocidos. Cuchicheos a puertas cerradas, tensión. Al día siguiente fuimos todos al pueblo y se terminaron las vacaciones, a una de las chinitas de la cocina se le escapó que el Tonino se había ahogado en el arroyo. Los teros chillaban aquella mañana que nos despedimos de «Santa Clara», todavía adormilados por el insomnio de la noche anterior.

Crecí; me fui a estudiar letras a la Capital. De vez en cuando tenía noticias de aquellos familiares a los que frecuenté de niña. Habían vendido la estancia; los hijos tomaron caminos distintos. Mi afición a las artes me puso un día frente a Lucas, en una exposición de pintura; era ya un hombre maduro, por supuesto, pero lo reconocí enseguida y él a mí, a pesar del tiempo transcurrido. Al preguntarle por Ludmila hizo un gesto vago; supuse que no se habían casado y no insistí, pero algo en su mirada fue el primer indicio que me llevó a la retrospectiva y más tarde a retroceder a mis nueve años, a mis sensaciones de entonces, a aquel verano de campo y sobre todo, a aquella tarde, la última de la estancia. Ese encuentro con Lucas me hizo recordar de golpe la estatua, la cajita, los visitantes furtivos y por primera vez los asocié a los acontecimientos extraños de esa noche, la misteriosa partida, el comentario de la muerte de Tonio. Sumé dos más dos y una terrible certeza comenzó a rondarme, pero no podía aceptarla sin antes saber más de aquellas personas de las que recordaba poco y a las que conocía menos.

Mi oficio de escritora fue el acicate para desentrañar el misterio; decidí trazarme un plan de acción y lo primero que hice fue buscar en la guía telefónica la dirección de Ludmila Fenton

cuyo apellido conocía porque alguna vez actuó también ella en los círculos artísticos. La mujer que me recibió distaba mucho de ser aquella adolescente-junco a la que admiré de niña. Con el pretexto de hacer una nota sobre los pintores de la escuela que ella seguía, mantuvimos una charla formal hasta que desvié el tema hacia aquel verano de nuestro encuentro en un campo de provincia. Le describí con fruición mis escapadas al jardín para observar sus reacciones; era notable, pero a medida que yo describía las estatuas una por una, sus facciones abotagadas (tal vez por el alcohol) se iba poniendo cenicientas. Cuando hablé de Gabriel se levantó bruscamente y pretextó algo, dando por terminada la entrevista. Con su actitud comenzó para mí la obsesión de saber la verdad, me parecía que la única prueba podía aún hallarse escondida en el interior de una cajita metálica, oscura, pequeña, oxidada, bajo la rodilla del ángel de mármol. La idea me poseía cada vez más perentoria y, como señalada por la justicia, me creía yo destinada a ejergerla.

Tomé el colectivo y volví al pueblo donde nací; de allí me trasladé a la estancia que ahora pertenecía a un viejo amigo de mi padre. No fue difícil recorrerla invocando mis recuerdos de inolvidables estadías y así me dirigí con el corazón martillando al jardín y a la estatua que encerraba el secreto: en su hueco original, cubierta de una capa de musgo, la pequeña caja soportaba el paso del tiempo. ¿Y si estaba vacía?... La abrí temblando. En el fondo, un papel amarillento doblado repetidas veces rezaba un mensaje: «allí estaré, corasón». No sé si me chocó más la comprobación de que mis sospechas eran fundadas o la falta de ortografía que descubría al autor de la frase, tanto como una firma.

Volví a Buenos Aires con la prueba; la blandí ante Lucas con una furia irracional y sólo recibí su risa desdenosa y la frialdad de sus palabras: «esto no es nada, entendés, nada».

La blandí ante una Ludmila demudada que oyó hasta el final de mi reconstrucción del hecho: ella y el peoncito mantenían relaciones a espaldas de Lucas y se intercambiaban mensajes en la cajita de metal. Lucas lo adivinó todo y leyó aquella tarde fa-

tídica la cita en el arroyo, pero dejó en su lugar el papel para descubrirlos infraganti. Tonio, tras leer la misiva de Ludmila, colocó la respuesta que tenía yo en la mano en este momento: «allí estaré, corasón», respuesta que ella no fue a buscar, tal vez por falta de oportunidad. Lo demás era fácil adivinar: Lucas ahogó al peón en el arroyo, loco de los celos y tal vez antes de la llegada de Ludmila. ¿O había sido en su presencia?

Ella guardó silencio, un silencio que atacaba, un silencio como resignado; hasta que me mostró la puerta con un ademán, y yo me fui, con el papel y la impotencia.

La pasajera extravagante

Suelo ser un buen observador en los trenes. Será porque detesto ese tiempo muerto que debo permanecer sujeto a la impotencia de dejarme llevar. No me gusta el olor de los trenes, ni la pérdida de intimidad que a los otros parece no importar, cuando empiezan a desarticularse como muñecos entre cabeceos y búsqueda de posiciones inverosímiles. Eso, cuando no ostentan la muy necesaria vulgaridad de desempaquetar recónditos víveres que brotan de abultados bolsos, en profusión de papeles y de aromas.

Les reconozco, sin embargo, una atracción a los trenes: El incesante desfile humano que va y viene por los pasillos, hombres y mujeres despojados de simulación, con la liberación de prejuicios que se observa en la gente por la calle o en las multitudes. Aquí no hay por qué componer una pose o disfrazar un gesto. Suben con la avidez de una buena ubicación, duermen con la boca abierta, comen con manos grasientas. Sin inhibiciones. Están en el tren. Es como en la playa.

Decía que soy un buen observador y esa mañana tenía un extraño blanco de atracción. Una mujer arlequinesca, pensé cuando lo vi. El adjetivo se lo imponía el traje que la cubría casi totalmente, ajeno a moda o actualidad. Era un traje sin tiempo, hecho con lo que parecían ser pañuelos de colores en rombos desiguales, que colgaban hasta sus tobillos, tobillos abultados y ocultos tras inusitadas medias. La cabeza iba envuelta en uno de los pañuelos que alcanzaba a tapanle gran parte del rostro. Deduje que el polvo y el viento le molestaban pues bajó inmediatamente la ventanilla y se cubrió la nariz. Quedaban al descubierto sus ojos hundidos en cuencas profundas, muy poco para mi ya irrefrenable curiosidad. ¿Una gitana? Carecía del desenfado de éstas, y por lo general, las descendencias de los zingaros gustan de la ostentación y del ruido. El Arlequín

femenino, en cambio permanecía acurrucado en su rincón, empequeñeciéndose ante mis inquisidoras miradas. ¿Iría a un baile de disfraz? Deseché la idea porque la hora y el lugar la hacían descabellada, sólo el ridículo traje la justificaba.

A pesar de su timidez, la estrafalaria pasajera abandonaba a menudo su lugar y nuestro comportamiento, en sucesivas desapariciones y reapariciones. Al principio no las tuve en cuenta, me limité a captarlas; pero luego me entretuve en un interesante juego de control: sus salidas coincidían con los interminables minutos en las estaciones. Sin embargo, no bajaba, porque mis ojos avizores estaban seguros de ello. Sólo retornaba a su lugar una vez que el guarda pasaba anunciando su próxima parada. ¿No tendría pasaje? Era un bueno motivo, pero algo me decía que no era el único.

En uno de sus regresos se encontró con que una caterva de chiquillos ocupaba asientos adyacentes al suyo. Se mantuvo sentada y lejana, casi aplastada contra el respaldo, tratando de ocultarse con su actitud. Pero la curiosidad de los pequeños superó a la mía y bien pronto comprobé que todas las miradas infantiles convergían en ella, sin disimulo con el desparpajo propio de la inocencia que puede llegar a ser cruel.

Eran muchos niños, seguramente de una colonia de vacaciones. En poco tiempo, el grupo que rodeaba a la víctima se fue ampliando, comenzaron a hacerle preguntas, a provocar pullas, a rozarla y hasta tocarla, en afán de dilucidar el misterio. Querían seguramente, como yo —lo confieso— atisbar algo de esa mujer cubierta, un pedazo de brazo, un dedo bajo los guantes, el color de los cabellos, oírle la voz. Pero nada. Sólo veíamos los ojos al fondo de las cuencas y adivinábamos el terror que, sin duda, estaba crispando sus facciones. Me disponía yo a intervenir cuando se levantó bruscamente y huyó por el pasillo con rapidez.

Su partida me dejó la sensación de una historia inconclusa, el desagrado de lo incompresible, el escozor de la curiosidad atenaceada e insatisfecha. Me propuse buscar en los diarios el indicio que me revelaran la identidad de tan extraordinaria pa-

sajera, a quien debía que el viaje no me hubiera arrojado el saldo del tedio habitual. Y fue al día siguiente, ya instalado en mi hotel, cuando mis ojos recorrieron ávidos las columnas de los hechos policiales en busca de su descripción. Estaba seguro de que figuraría en algún robo, tal vez en la evasión de un hospicio o de una cárcel. Mi instinto detectivesco fracasó. Tras la lectura minuciosa de todos los hechos delictivos ocurridos en la ciudad y alrededores, tuve que reconocer lo infructuoso de la búsqueda. Hasta que resignadamente abrí la revista que venía junto al diario y me encontré —¡Oh impacto! —con la foto en colores de la mujer arlequinesca al pie: «Regreso. Como es de público conocimiento, la pintoresca isla El Cerrito ha sido transformada en un moderno complejo turístico que atrae a numerosos veraneantes. Sin embargo, ejerce también su atracción sobre Juana Limanes (foto) que regresó en el día de ayer, tras una breve ausencia, al lugar donde transcurriera casi toda su vida, el antiguo leprosario de la isla, solicitando a las autoridades que la dejen habitar allí junto a otros ex enfermos que regresaron como ella, al no poder adaptarse a la sociedad extraña a la que se vieron reintegrados».

Me quedé pensando. Reviví en la memoria todas mis conjeturas con respecto a la pasajera extravagante y finalmente, me convencí del aforismo aquel: «La realidad supera siempre a la imaginación».

Los pasos

Yo tenía nueve años por aquel entonces. Todo en la quinta poblaba mi niñez de sensaciones nuevas y distintas, estrenadas cada hora, cada día; seres reales o mágicos, rumores nunca oídos, historias inventadas o vividas, descritas con fruición por los sirvientes de mi tía, y sobre todo la libertad de correr a campo abierto maravillada de mis propios movimientos, del aire, de la luz, de los gorjeos.

Mi madre me llevaba todos los veranos a «visitar a tía Renata». Para ella no había mayor diferencia entre la penumbra de nuestra casa de la ciudad en la que vivía sumida vestida siempre de oscuro, recorriendo silenciosa las habitaciones, mimando morbosos recuerdos y la reclusión que se empeñaba en mantener en la casona de campo, tan cercana del poblado y a la vez tan aislada, donde seguía prodigándome su ternura triste de mujer sola y abatida. Para mí era distinto: en la ciudad debía someterme al internado, mundo hostil para las exigencias de mis nueve años, ávidos de acontecimientos felices, de relevaciones maravillosas, de despreocupada alegría y aventuras. Estaba medio pupilo. Eso equivalía a vivir disciplinadamente, bajo la constante observación de mis maestros, reprimiendo deseos a veces imperiosos de correr o de gritar en esas horas interminables de la siesta, en que debíamos hacer laboriosamente los deberes, bajo severa vigilancia.

En cambio... las horas de la siesta de verano en la casona de la quinta tenían un encanto inigualable. Terminado el almuerzo, mi madre y tía Renata tomaban el café en la galería mientras yo rondaba en derredor. Me conocía de memoria sus gestos, sus palabras: —Dos terrones— decía mamá mientras mi tía destapaba la azucarera. —Dos— repetía mi tía mientras introducía uno y otro en la taza de mamá; ella jamás azucaraba su café. Lo bebían lentamente, mirando las hortensias del jardín

y una que otra mariposa perezosa entre las flores. Luego decía, invariablemente: —Marcos, a tu cuarto, «Bichito». Yo obedecía sin protestar, porque sabía que iba a reencontrarme allí con el misterio que al penetrar en mi cuarto iba a la cita diaria con mi imaginación, porque esa era la hora en que infalible, religiosamente, oía los pasos.

En los veranos anteriores los oía, pero no me inquietaban, formaban parte de los rumores de la casa, como el ladrido de Mac, el chirrido monótono de las chicharras, el golpearse de una puerta o la voz de Felisa, la cocinera, que todavía trajinaba en sus dominios y que a esa hora podía, por fin, dar rienda suelta a su vocación parlanchina porque su auditorio compuesto por el jardinero Tomás y la vieja Eusebia, la escuchaba atentamente con los carrillos llenos.

Además, en los veranos anteriores tenía un amigo y esa maravillosa circunstancia me impedía ocuparme de nada que no fuera la espera paciente a que las conversaciones cesaran (el cansado diálogo de mamá y tía Renata primero, el monólogo vehemente de Felisa después) y la escapada silenciosa a través de la ventana mediante un salto ágil y una caída perfecta que me identificaban con mis héroes de historietas.

Remigio me esperaba junto al ceibo, a la vera del arroyo. Desde que divisaba su melena negra, ensortijada y rebelde, me crecían alas; llegaba a su encuentro jadeante, arrebatado, y le tendía una fruta o un confite sustraídos con disimulo de la mesa; era mi manera de saludarlo, de testimoniarle mi amistad dándole siempre algo como un símbolo, aunque sólo fuera a veces un terrón de azúcar. Lo llevaba a la boca sonriente y comenzaba luego a desmadejar anzuelos, a fabricar hondas o a inventar historias con habilidad increíble, sin parar, mientras yo trataba de imitarlo o lo escuchaba embelesado.

Solíamos tumbarnos boca arriba bajo las frondas, tratando de descubrir en ellas los minúsculos seres que las pueblan o atisbando nubes pasajeras entre los claros. A veces peleábamos; él se mofaba de mí desde que oyó una vez a mi madre llamándome «Bichito». A partir de ese día aprendió la forma de ha-

cerme enojar, pero yo, a mi vez encontré la clave de mi venganza: lo bauticé «Rulito» y bastó para que sus bromas tomaran otro rumbo; lo importante era reír y reír, hacer cabriolas sobre el pasto o zambullirnos en las aguas tibias del arroyuelo. Cuando nos cansábamos de tentar a las ranas, de pescar mojarras, de trepar a los árboles o de improvisar fogatas jugando a los indios, me proponía «conversar»; él tenía mucha autoridad cifrada en los dos años que me llevaba de ventaja; me contaba con suficiencia que a veces trabajaba con el padre y eso lo ascendía a mis ojos un escalón más de superioridad: que trabajara me impresionaba pero que pudiera pronunciar libremente y cuantas veces quisiera la palabra padre y sobre todo que lo tuviera, despertaba en mí una mezcla de secreta envidia y dolor de algo que no podía precisar, Porque yo no podía nombrar a mi padre.

Una sola vez lo intenté, inquiriendo, y sólo obtuve de mi madre un silencio angustiado que fue sin embargo una respuesta para mi percepción de niño sensible e intuitivo; sus ojos me miraron llenos de una conmiseración infinita y yo capté el mensaje que significaba: no debes preguntar. Ahora, al correr de los años, me admiro de mi resistencia de entonces a enfrentar las preguntas inevitables de todo niño que no lo ha conocido: ¿Y mi padre? ¿Ha muerto? ¿Me ha dejado? Jamás las formulé. Me bastó aquella muda respuesta de mi madre; la voz de tía Renata que se disimulaba en murmullo cuando yo alcanzaba a escuchar alguna frase escapada como: es muy parecido a «él», o la menos disimulada lástima de Eusebia cuando me acunaba, años atrás diciéndome «pobrecito», sin que yo supiera claramente por qué me lo decía, pero siempre intuyendo que debía seguir respirando ese hálito que envolvía a mi casa, a mi madre, a los que nos rodeaban, sin tratar de investigar, de violar el misterio, de profanar el secreto que todos se empeñaban en mantener con el celo de un rito; seguir buscando afuera, en Remigio o en la bendita isla de mi cuarto. La magia de mi infancia, de la que esos seres tristes me despojaban sin quererlo.

Pero estas vacaciones me trajeron la sorpresa desagradable de la ausencia definitiva de Remigio: su familia se había trasla-

dado a la Capital. Sobrellevé estoicamente la noticia que equivalía a perder a mi único amigo y traté de entretenerme buscando mil maneras: tía Renata me aconsejaba que coleccionara estampillas y lo hice por complacerla, pero la filatelia me aburría porque me recordaba demasiado la disciplina y el orden del internado. Mamá me permitía ayudar a Tomás en el jardín siempre que «no le tirara la lengua» pues sabía que Tomás era supersticioso, narrador entusiasta de truculentas historias de aparecidos y fantasmas que en el fondo no me atraían mucho, pero sí me atemorizaban bastante. Felisa me echaba de la cocina rezongando. Mamá y Eusebia no me dejaban recorrer la casa a mis anchas; dos de los cuartos estaban cerrados herméticamente y nunca pude saber que había en ellos; una vez vi entrar allí a Felisa con una bandeja, pero no le di importancia porque en esa época todavía estaba Remigio y yo estaría sin duda maquinando un nuevo juego para el escenario del arroyo. En realidad, me pasaba las horas deambulando afuera, solitario, hablando con Mac que no podía contestarme, pero parecía entenderme, y sólo entraba a la casa cuando me llamaban a comer o cuando mamá me mandaba a mi cuarto dos veces por día:

—Bichito, ya es hora de dormir. Ella nunca habrá sospechado que yo la sentía luego de mirarme, creyéndome dormido, y oía también como cerraba mi habitación con llave. Yo suponía en aquel entonces que con ello quería impedir las escapadas al arroyo pues conocía vagamente mis relaciones a hurtadillas con Remigio, pero se olvidaba de la ventana, la bendita ventana que hizo posible mis siestas doradas.

Los pasos ... Comencé a sentirlos realmente cuando se acabaron mis escapadas. Eran lentos, pausados; se oían invariablemente después de que mamá cerrara mi puerta. No eran livianos como los de ella ni sonoros como los de tía Renata. Tampoco hacían el ruido arrastrado de las zapatillas de Eusebia. Tomás jamás penetraba en la casa y Felisa usaba un zapato ortopédico que sonaba inconfundiblemente. No eran, pues, los pasos que yo conocía; eran pasos de hombre, fuertes, pesados. Comencé a esperarlos, a contarlos, a seguirlos. Las siestas me envolvían otra vez con el halo de la expectativa, el gozo y el

misterio; podía dar rienda suelta a mi pletórica imaginación de niño solitario, podía soñar que eran los pasos de mi padre que venían a mi encuentro, que acariciaban, que acariciaban mi puerta como si fuera a mí mismo.

Los pasos se dirigían al final del corredor, se detenían como si el que los guiaba estuviera contemplando el esplendor de las hortensias a través del ventanal o escuchando el concierto de chicharras en los árboles. Luego volvían lentamente, rozando de nuevo mi puerta, perdiéndose en el lado opuesto. Y así una y otra vez. Una noche se me ocurrió agudizar el oído antes de dormirme y los sentí por vez primera también a esa hora en que la luna se filtraba en mi cuarto con claridad lechosa. Nunca me infundieron miedo. Había algo en esos pasos que me comunicaban un mensaje vital, algo que yo necesitaba para poder dormirme. Jamás hablé de ellos con nadie, pertenecían a mi mundo de nueve años en que la fantasía despreciaba la realidad. Estaba convencido de que sólo yo los oía y de que eran los pasos viriles, siempre presentidos, del padre que amaba y al que había creado a fuerza de tanto desearlo.

Esas fueron mis últimas vacaciones en la quinta. Durante el invierno sucedieron muchas cosas: dos meses estuve pupilo en el colegio sin ver a mi madre ni a mi tía: cuando volví a casa me costó reconocerlas; estaban macilentas, tristes, y aún más apagadas. Mamá me comunicó que estaba enferma y había decidido internarse en una casa de salud; su cuñada Renata cuidaría de mí y de la casa, ayudada por Eusebia. La quinta había sido vendida. Noté que ambas vestían de negro, pero no pregunté el porqué ni me extrañó porque todo ello armonizaba la única atmósfera que yo respiraba a su lado. Cuando me dijeron lo de la quinta, me despedí mentalmente de los pasos queridos que no había podido reencontrar fuera de ella, ni aun en mis desoladas noches de pupilaje.

Sólo muchos años más tarde cuando me hice hombre me enteré de la verdad y de cómo yo había rozado sin saberlo esa verdad. En aquella casona de la quinta, un hombre había pasado recluido los últimos ocho años de su vida. Un hombre que

fuera un abogado brillante antes de que su razón se extraviara por senderos insondables. Un demente. Aquel hombre, era mi padre.

El Elixir del Amor

Era un programa malísimo y así se lo decía diariamente a su compañero de casa que trabajaba en ese canal de televisión, donde a las cuatro de la tarde se congregaba a hombres y mujeres que buscaban su alma gemela, sometiéndolos a las más ridículas preguntas, juegos y actividades, con el incentivo de encontrar a la pareja ideal, no ya para un casamiento que durara toda la vida como alguna vez promocionara aquel famoso celestino romántico, sino para premiarlos con un prematuro y fugaz viaje de «luna de miel» al Caribe el fin de semana siguiente. Cambiaron los tiempos, indudablemente.

Su compañero Andrés se lo había recomendado desde que quedó sin trabajo y sin novia, porque veían en Raúl los síntomas de una depresión severa y estaba seriamente preocupado por él. «El elixir del Amor» tenía los ingredientes para distraerlo ya que su tónica frívola movía a la risa y a la crítica constante de tanta banalidad. Consistía en enfrentar a dos chicas o mujeres maduras con cinco galanes supuestamente seleccionados para ellas; la conductora los presentaba al público y a una tribuna compuesta por mujeres dispuestas a contestar a coro por unos pesos (Andrés le había contado que respondían obedientemente a unos carteles ocultos al espectador. Decían «aplausos», «risas», «protestas», etc.)

Las candidatas eran presentadas en un videoclip donde relataban sin pudor su pasado sentimental y anunciaban sus expectativas amorosas. Venían de relaciones frustradas, aspiraban a encontrar a un hombre que las comprendiera, pero llegado el momento de elegir, (Raúl ya lo había detectado) preferían al menos tímido, desechaban al más serio, descartaban al romántico y al formal.

Los candidatos debían hacer de todo si pretendían llegar al final, desde bailar distintos ritmos, decir piropos, recitar canciones, mostrar los bíceps y hacer el ridículo en cada una de las exhibiciones.

Para Raúl era una cita impostergable sentarse todos los días de ese verano bochornoso frente al televisor a las cuatro de la tarde. Tanta estupidez en «el elixir del amor» era un bálsamo para una herida abierta, para el dolor lacerante de su pérdida; Elena quedaba mejor, a años luz de estas mujeres decoradas para la ocasión, que no vacilaban en exponerse públicamente, que despreciaban con desparpajo los sentimientos y elegían un compañero ocasional en los pocos minutos del programa.

Cuando, finalmente, se concretaba alguna pareja tras la eliminación sucesiva de los hombres, los elegidos debían brindar con el «elixir del amor» y besarse ante los aplausos fingidamente entusiastas de la tribuna, que en ese momento estaría leyendo el cartel: «aplausos finales».

Raúl volvía entonces a rumiar los negros pensamientos que poblaban su mente y minaban su voluntad. Hacía meses que vivía sólo para alimentar su masoquismo o su violencia; cuando esta prevalecía, salía a la calle imaginando venganzas hacia la sociedad toda que lo había convertido en ese ser inútil. El recuerdo de Elena a veces lo enternecía y a veces contribuía a su odio. Ella no había sabido entenderlo en sus silencios ni en su ira y terminó por dejarlo no sin antes recomendable un siquiátra. ¿Podría éste sacarlo del abismo en que a veces caía o, por el contrario, calmar sus deseos incontrolables de destruir, incluso de matar, que a veces le asaltaban? Y casi siempre era la figura de Elena la que corporizaba sus deseos.

Esa tarde se drogó, a pesar de que Andrés le había advertido que tendría que irse de su casa si reincidía. Puso el televisor y se dispuso a mirar «El elixir del amor» sin presentir el impacto que tendría al instante: desde la pantalla le sonreía una de las participantes con la sonrisa bobalicona que todas ponían durante el programa; pero ni el maquillaje exagerado del rostro ni el peinado diferente y ostentoso le hizo dudar de quien se

trataba. Se echó atrás en el sillón como fulminado: Elena lo miraba sin verlo y respondía las mismas trivialidades que había escuchado de las demás, tarde tras tarde. Su ex novia relataba en ese momento que su última experiencia había sido muy desgraciada, que se trataba de un hombre muy egoísta y cruel que la atormentaba con sus celos y que, desde que perdiera el empleo se había convertido en un lastre despreciable. Con desparpajo reveló intimidades que causaron risas en la tribuna y comentarios maliciosos de la conductora. Raúl se vio a sí mismo como una caricatura, descripto cruelmente, sin piedad. Lo que aumentaba su sorpresa y su dolor era saber que Elena iba a reemplazarlo por un desconocido sólo por ir al Caribe.

Lo que decidió a continuación ni siquiera lo pensó, fue como un acto reflejo. Buscó sin titubear en la cocina el veneno para ratas y salió a la calle rumbo al canal de televisión cercano deseando fervientemente que su ex novia concretara su elección y llegara al premio final.

Para acceder al lugar del programa sólo tuvo que buscar a Andrés, que se alegró de verlo, lo saludó con la mano y siguió trabajando atento a la cámara.

Llegó justo para echar el veneno en la botella del «elixir del amor» preparado por el utilero junto a las copas y también justo para presenciar el brindis mortal de su Elena con el elegido ocasional ante el primero y último beso que se dieron antes de caer, frente a las atónitas espectadoras que esta vez no tuvieron tiempo de leer el cartel «APLAUSOS FINALES».

La absolución

El patio del conventillo brillaba al sol. Era un pintoresco cuadrado de baldosas desparejas sobre las que alguien había dibujado con mano insegura una rayuela. Más allá un cochecito de niño, abandonado. Papeles. Unos tarros de aceite, improvisados maceteros donde asomaban tímidas manchas de un geranio bermellón; y en el aire matutino, las notas penetrantes de un violín desafinado, iban y venían en escalas agudas que herían el silencio de la mañana como quien acuchilla. A la siesta, lo mismo. En el momento en que los rudos poseedores de aquel cuadrado compartido posaban la fatigada cabeza en la almohada, el violín fatídico comenzaba a sonar.

El nuevo habitante era, sin duda, un inoportuno. Un músico bueno o malo, no importaba, pero a la vista en decadencia, que venía a turbar la escasa tranquilidad de sus vidas con una música indeseable, que en más de uno originó una crisis de nervios y en la mayoría, fastidio rayano en la exasperación.

El perturbador era un individuo esquelético, de aspecto general exangüe; en el rostro se destacaba, una gran nariz y bigotes caídos de un blanco inmaculado.

Un polaco, dijo alguien. Es ruso, le corrigieron. El apellido irreproducible dio lugar al mote despectivo, dicho sin respeto: Don Violín; y Don Violín le decían a él mismo, las pocas veces que le dirigían la palabra, queriendo insinuarle con ello que ya estaban hartos de su musiquilla intempestiva, de su disonante cantinela, de la agresión a su reposo.

A toda hora la música del violín, invadía indiscreta los cuartos, penetraba en su intimidad, espiaba sus miserias. Hasta que un día cesó y en su lugar se oyó un lamento indescriptible, mezcla de dolor humano y de rabia animal, un alarido mezcla de estupor y pena, unos sollozos mezcla de ira y llanto.

A medio vestir, curiosos, intrigados, llamaron a la puerta del viejo violinista para encontrarse con el cuadro de su soledad; en la pieza de humedad pegajosa, no había muebles, sólo la cama. En el centro del cuarto desierto, de rodillas como para una conjuración, el viejo se aferraba a los restos del violín destrozado. Eran dos despojos, el instrumento y el hombre. Para verlos, desfilaron uno a uno los habitantes del inquilinato, arrastrando los pies, cuchicheando, y sintiendo en el pecho el peso casi corpóreo del arrepentimiento. Todos habían soñado con este momento, todos habían destruido con saña en la imaginación el odiado violín, eran cómplices de esa mano anónima y certera, que de un golpe maligno cercenara a la vez la música y el músico.

Los días siguientes no trajeron alivio. Se miraban entre ellos, sospechando, desconfiando uno del otro, culpándose. El sufrimiento del viejo los envolvía, su carencia los contagiaba, se sentían verdugos de una ejecución que uno solo había realizado con el deseo de todos.

Una común contrición los impulsó a la empresa. Tuvieron que asesorarse, reunirse, calcular, esperar el fin de mes, aportar. Cada uno de esos actos era una pequeña catarsis y un «mea culpa».

Hasta que una mañana que el viejo volvía de los fondos envuelto en su ropón raído, se encontró con el milagro sobre la cama: un violín nuevo, brillante, reparador.

Las escaladas de Don Violín, desafinadas y vibrantes, volvieron a sonar en el patio embaldosado y en los oídos de los inquilinos, pero junto a ellas, una gran paz entibió sus corazones. Se habían regalado a sí mismos la absolución.

La caricia

Ella terminaba de leer un libro de Buscaglia que destilaba amor por sus setenta y siete páginas. Aconsejaba el autor no sólo amar sino decirlo o manifestarlo con palabras, gestos o caricias. Sobre todo caricias. Tocar, tocar al otro, ésa era la clave de la comunicación y de la felicidad para amar a quien fuera y ser amado, no importaba por quién: el hijo, la esposa, el amigo, la vecina... no avergonzarse de abrazar, de besar, de sentir el contacto del otro.

Salió a la calle imbuida de auspiciosos presagios y «buenas ondas», como se dice ahora, le sonrió al sol generoso de aquella mañana perfecta y se dispuso a cumplir su cuota de relaciones públicas con los saludos tan reconfortantes de las costumbres pueblerinas.

Profesional independiente, cincuenta años bien llevados, soltera; le aconsejaban que se case... pero ni loca. Respiró hondo y pisó fuerte. Caminó unas cuadras. ¿Con quién practicar los consejos del libro?... Acarició la cabeza de un niño al pasar. Conversó amablemente con un transeúnte que la interrogó en una esquina, se colgó del brazo de una amiga que le dirigió una broma. Estaba contenta, Buscaglia la incentivaba, no cabía duda de que tenía razón, que la vida era hermosa y había que transmitir esa alegría.

Comenzó a tararear para sí: «Me siento bien, me siento bien...» cuando lo divisó en el interior del automóvil al que acababa de subir.

Era un viudo inabordable, con el que solo había cambiado una que otra vez una palabra, pero con el que a menudo imaginaba situaciones románticas o insólitas, sin planes, sin cálculos futuros, sólo por fantasear.

Se acercó presa de un impulso (Buscaglia de por medio). Se inclinó a la altura de la ventanilla del coche y él ya la miraba un tanto sorprendido, pero anhelante, como animándola al diálogo, (Ella recordó otros intentos imaginarios como «Te invito a un café» o «Cuando quieras charlar, llámame» o «Tendríamos que ser amigos, no te parece??») pero la lectura reciente la tenía impresionada y la consigna era tocar, tocar, tocar... Extendió tímidamente la mano hacia la izquierda enguantada de él que apoyaba sobre el volante y presionó con fuerza en un gesto calculado que luego, para sus fueros, catalogó de cálido, íntimo, franco.

¡Ah!, no fue así para él. Un repentino crispamiento le ensombreció la cara y con rechazo instantáneo retiró la mano mientras que una especie de rugido emitían sus labios y con la derecha convertida en garra procuraba desasirse del fraternal contacto.

Ella salió del bochorno atropellando el viento. La dulce mañana era ahora una brasa viva que la envolvía y ofuscaba, haciéndole ver rojo todo cuanto se le cruzaba. Llegó a su casa y como no tenía a quién, le contó al perro su furia y desencanto; terminó el día rumiando sobre el machismo, la incomunicación y las ventajas de su madurez independiente, pero se sorprendió a sí misma «sepultando» el libro de Buscaglia entre los más altos del último anaquel, entre aquéllos que ya no releería.

Nunca sabría que el viudo de marras salía en el momento de su encuentro rumbo al sanatorio: acababa de quemarse la mano izquierda con ácido muriático.

Rehenes

La mujer encaramada sobre altos tacones vestía una ceñida pollera de ruedo irregular; fumaba con boquilla, lo que acentuaba el rictus cansado de la boca y se apoyaba con desgano en el mostrador de aquel desierto bar cercano al puerto.

La sórdida escena se animó de golpe como si una película interrumpida hubiera retomado su rodaje (luz, cámara, acción) con la diferencia de que la violencia y las balas eran auténticas; el hombre perseguido que en dos zancadas se acercó a ella real y contundente, le inmovilizó los brazos protegiéndose alevosamente con su cuerpo y la arrastró hacia los fondos en medio del tiroteo.

Lo que desde un principio le resultó difícil de entender a él fue la sumisión de ella: cuando la sacó hacia el lado del mar se dejó llevar sin oponer la menor resistencia, como si de inmediato colaborara en la huida.

Se conocieron los cuerpos antes que los rostros, apretados en los rincones malolientes, una mano de él sobre los labios de ella, la otra conduciéndola brutalmente en ese escape desesperado, a veces corriendo juntos, jadeantes, sorteando obstáculos y otras aguantando hasta la respiración si advertían peligro. Y ella, la rehén desconocida, colaborando. Hasta que la noche también puso lo suyo y los tragó en un oscuro bostezo; los perseguidores, desorientados, suspendieron por el momento la búsqueda tras agotar recursos. El hombre y la mujer, entonces, se alejaron, arriesgándose entre las rocas brillantes, resbalando en la espuma de las olas huidizas, como ellos.

Cuando indiscretamente la luna los reveló, ya no corrieron, sino que, tomados de la mano buscaron un lugar seguro para ocultarse y allí, en aquel hueco en la piedra se miraron bien y se hablaron por primera vez.

No había mucho que agregar tras la brutal carrera, él le dijo que todo era un malentendido y que la dejaría en libertad cuando se sintiera seguro y ella no abundó en estériles preguntas, prefirió abandonarse a la novedad de la aventura y fumar el cigarrillo que él le tendió como pidiendo disculpas.

Se estudiaron despacio, se reconocieron como del mismo linaje, el de los marginados, y se presentaron murmurando nombres probablemente inventados.

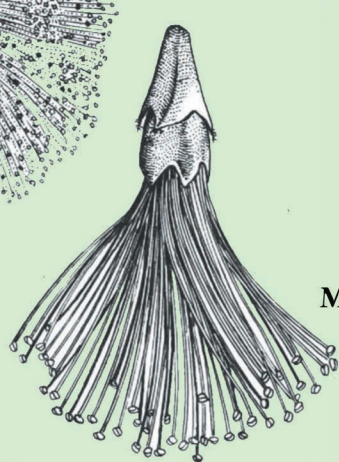
A ella le gustó la reciedad del hombre, su varonil contextura, la dureza de sus rasgos. Él admiró en ella la facilidad de adaptarse, su natural abandono, su valor; no supo precisar si era linda o no, le bastaba con que fuera una mujer y se tomaron uno al otro primero tímida y después salvajemente como dos animales jóvenes sintiéndose felices, libres y hasta puros.

Cuando los reflectores comenzaron a encenderse sobre la playa como si la película continuara después de la tregua, todo fue más rápido aún que al principio, en un desenfrenado epílogo que conduciría hacia el irremediable final.

«Mis perseguidores decidieron volver»— pensó él. «Llegó el momento»— pensó ella. Y entonces fueron dos los hechos inexplicables que el hombre recordaría después en su lenta agonía: los hombres que los descubrieron precipitándose en la cueva ni siquiera lo miraron a él y uno de ellos dijo encañonando a la mujer: —La tenemos, es ella.

El otro hecho que ya no se explicaría en esta vida fue que ella se apoderó de su pistola y colocándose tras él dijo rápidamente: —Es mi rehén, si me capturan, lo mato—. Fue una tardía advertencia, alguien hizo fuego al mismo tiempo.

Al día siguiente se supo por los diarios que en una zona del puerto fue descubierta la famosa contrabandista internacional Bebette, buscada por la Interpol. No se pudo precisar la identidad de un hombre al que, presumiblemente, se consideró rehén. Ambos perdieron la vida, concluía el lacónico informe.



Flor del espinillo

Colección

Municipalidad de Curuzú Cuatíá

José Miguel Irigoyen

Intendente Municipal

Marcos Isusi

Presidente del H.C.D

Juan Ángel López

Secretario de Gobierno

Verónica Espíndola

Secretaria de Economía y Finanzas

Virginia Aguirre Talamona

Directora de Cultura y Turismo

«IX Feria Internacional del Libro de Curuzú Cuatíá»

Carolina Zamudio y Luis Fernando Macías

Directores Fundación Cultural Esteros

Mónica Alegre de Irazusta

Presidente «Asociación Cultural y Artística

Curuzucuatiense Biblioteca Popular Rivadavia»

Mirta Gómez

Presidente Biblioteca Popular «Cuatíá Rendá»

Curuzú Cuatíá, 2020